

lla imparcialidad que parece se tiene derecho á esperar en el relato de hechos consumados há largo tiempo.

La fama que sobrepaja á todas las demás es la de Eduardo Gibbon, historiador venerado por los de su escuela, respetado hasta por los disidentes, por su vasta erudición, por su admirable sagacidad en descubrir nuevos manantiales para el arte de reunir los hechos é interpretar las intenciones; en fin, por un brío en el modo de esponer que convierte la erudición en originalidad y la reminiscencia en sentimiento. ¿Qué libro debe, pues, agrandar más á los lectores, dotados de la cómoda costumbre de ser siempre de la opinion del autor? Pero todo hombre que sabe reflexionar encontrará en él una diatriba continua, inspirada simultáneamente por las preocupaciones del judío, del hereje, del filósofo, y dominada por dos sentimientos: admiración hácia la grandeza romana y odio encarnizado á toda clase de religion. Como he tenido varias veces que espresarme respecto de él con una franqueza que á las personas tímidas del siglo actual podría parecer menosprecio ó el cobarde despecho del que odia cualidades que no posee, me considero obligado á declarar los grandes favores que le debo, en atencion al estudio que dediqué desde jóven á su obra y á haber aprendido especialmente en ella el arte tan poco practicado de beber la historia en las más variadas fuentes, único medio de presentar bajo un aspecto nuevo los más rebatidos hechos.

¿Debia la gratitud hacer callar la voz de la justicia? ¿Deberia sofocar en mí la voz del deber que me inducia á poner en guardia á la juventud de mi tiempo contra un escritor de los más peligrosos? En este cúmulo de acontecimientos, de límites tan estensos, en que fué verdaderamente el primero que abrazó con la vista todas las naciones, en lugar de buscar lo que interesaba al bien de la humanidad, se burla de aquellos padecimientos; no presta atencion á las simpatías del pueblo; no conoce ó no quiere confesar la corrupcion de la sociedad que perecia, ni la virtud de la que acababa de ocupar su puesto. Cuando refiere los errores de los prelados de la Edad Media, no se olvida de recordarles con aspereza la disciplina de los primeros siglos; pero si observais como ha descrito el cristianismo en su cuna, vereis que no ha encontrado en la doctrina nueva más que bajeza, ignorancia ó crimen. Entonces se indigna uno de su mala fé, y aun más, cuando abiertamente hace á Sócrates superior á Jesucristo, y la doctrina de Epicteto ó el Coran al Evangelio. Mezquino en sus juicios acerca de las cosas más elevadas; siempre estudiadamente frio como un rayo de luna que, cayendo sobre la naturaleza adormecida, le imprime su palidez; obstinándose en apartarse siempre de la opinion comun, quiere por medio del racionalismo extinguir toda admiracion que tenga por objeto á San Atanasio ó á Escanderbeg, á los mártires de Cristo ó á los republicanos de Italia. Si á

veces se entusiasma, vuelve de nuevo á ridiculizar el asunto por temor de separarse un punto de la aridez que se habia propuesto como fin, y tiene un verdadero placer en las analogias burlescas ó innobles para fulminar sus epigramas indecentes. Así como en Bayle, encuentra siempre en él en que cebarse la malignidad, y la lealtad y el pudor motivo para estremecerse (11).

He aquí lo que son los historiadores en quienes por lo comun se bebe el conocimiento y el desprecio de la Edad Media. Yo tambien he leído estos libros con toda el ansia y atractivo que arrastra á la juventud hácia el fruto prohibido, siendo así mismo á mi vez deslumbrado, como acontece en la edad que oye y cree: pero, llegado que hube á la edad en que se compara y se escoge, percibi el orgullo que se oculta en este modo de contar entre los bárbaros á Carlomagno, Gerberto, Godofredo de Bouillon, Luis IX, Felipe Augusto, Fernando de Castilla, Alfredo, Canuto, Juana de Arco, Tomás de Aquino, Alberto el Grande y Dante. Me costó trabajo decidirme á calificar de toscos á las edades en que se edificaron Westminster, Nuestra Señora de Paris, las maravillas de Granada y de Toledo, las catedrales de Reims, de Amiens, de Autun, de Ruan, de Colonia, y tantas otras caprichosas creaciones de un estilo original, que solo la pedanteria puede llamar bárbaro. No podia creer en la ignorancia de los siglos en que fueron inventados los relojes, los molinos de viento, el papel de trapo, las señales de la táctica naval, el empedrado y el alumbrado de las calles, la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y para los niños; en el que fueron anunciados por un monge los antipodas, y por otro los globos areostáticos y el vapor (12): no podia condenar una época que introdujo tantas comodidades en los hábitos de la vida: las chimeneas, el café, el azúcar, los manteles; el asador de rueda, los espejos de cristal; que emancipó la propiedad, y por su fraccionamiento, preparó á la igualdad y á la justicia; que hizo florecer de nuevo la riqueza manufacturera destruida desde el momento en que Roma habia vencido á Cartago, y que tambien la multiplicó por las letras de cambio; resolvió los problemas más difíciles de mecánica; que dió á la química el alumbre, la sal amon-

(11) Os dirá que los principales acontecimientos de este mundo dependen del carácter de un solo autor (LXV, tomo XII, pág. 397, edic. de Guizot). En otra parte: «A la religion de Gengis-Kan es á la que tributamos principalmente nuestros elogios y nuestra admiracion. Murió lleno de años y de gloria» LXIV.

Ruego al lector que reflexione sobre este pasaje: «Se halla una singular conformidad entre las leyes religiosas de Gengis-Kan y las de Loke: en la constitucion de la Carolina, rara manera de alabar á un filósofo del siglo XVI, comparándolo á un tártaro del XII, un filósofo que quizá hubiese avergonzado de que se le comparare con San Tomás de Aquino.

(12) Virgilio y Rogerio Bacon.

niaca, el agua fuerte y varios alcalis; á los jardines europeos la mayor parte de las legumbres y de plantas útiles, como tambien las más brillantes flores; al lujo la seda, á los ginetes los estribos y la silla, á la observacion los vidrios de óptica, á la navegacion el compás; y que por último, aseguró todos los progresos con la pólvora y la imprenta.

Arrastrado por el amor patrio que siempre dictó mis escritos é inspiró mis actos, meditaba sobre los tiempos y lugares más gloriosos de Italia; y, al ver nuestra catedral de Milan, San Petronio de Bolonia, Santa Maria del Fiore de Florencia, el sacro convento de Asis, las catedrales de Siena y Orvieto, las maravillas acumuladas en Pisa, las capillas de Monreal y de Palermo, el puerto de Génova y toda Venecia; al contemplar todo esto con el piadoso respeto con que saluda uno el sepulcro de sus abuelos; al encontrar en cada ciudad una catedral, murallas, una casa de justicia, canales navegables y grandes acueductos, les preguntaba: ¿En qué tiempos habeis sido elevados? Y todos me respondian: En tiempo de las libertades municipales. Compadecido entonces de su soledad, me deleitaba en evocar á aquellos pontifices que intimaban á los príncipes de lejanos territorios que reinasen con justicia ó descendiesen del trono; á aquellos cónsules que trataban de igual á igual con los reyes de Francia y los emperadores de Alemania; á aquellos misioneros que eran los primeros en acudir á visitar la China, seguian las ciudades errantes del tártaro, é introducian la civilizacion entre los salvajes; aquellos ciudadanos que salvaron tantos obstáculos y prepararon la solucion de los más importantes problemas sociales.

En los desiertos arsenales de nuestras ciudades marítimas, allí donde en el día no se ven sino un pequeño número de barcos de pesca, yo me figuraba los centenares de bajeles que salian á fundar colonias en Caffa y en el Tanais, en Trípoli y en el Báltico; reconocia á aquellos atrevidos navegantes dictando en todas partes códigos marítimos; dando al mundo el ejemplo de actividad comercial y de la adquisicion de las riquezas por otros medios que la rapacidad romana. Veia á los embajadores de las más grandes potencias implorar en San Marcos los socorros del leon veneciano, regocijarse hasta derramar lágrimas porque un dux se colocaba á la cabeza de la Europa para rechazar el Asia. Contemplaba á millones de peregrinos que acudian de los cuatro puntos cardinales á los umbrales de los Apóstoles, para admirar con devocion y curiosidad los poderosos móviles de una civilizacion enteramente nueva, que van á trasladar con tanto éxito á su país. Me representaba en Pontida á aquel puñado de valientes alargando una mano á sus hermanos; apoyando la otra en el pomo de sus espadas, y enseñando la libertad y el único medio de adquirirla, que es la concordia. Observaba á los pueblos y á los príncipes dirigiendo sus miradas hácia Roma; pidiéndole consejos para las leyes, apoyo contra la opresion;

temiendo sus armas no ensangrentadas; invocando en nombre de la razon y de la justicia á los oráculos de un senado de anfictiones elegidos libremente en todas las filas del pueblo, en todas las naciones.

Por lo que respecta á mí como italiano, remontaba mi pensamiento á estas cosas y aun á otras muchas, no teniendo ánimo para mofarme de estos siglos, para blasfemar de todo lo que nos pertenece, para desconocer la influencia que la imaginacion entregada á sí misma ejerce sobre la vida de los hombres y de la sociedad. Y cuando yo reflexionaba que nuestros padres guiados por una experiencia ya madura, pedian garantias por las cuales nosotros suspiramos aun, mientras que otros pueblos se enorgullecen con poseerlas, conocia que el sentido político no ha nacido ayer, y que no es necesario buscar lecciones en la historia de nuestros municipios, en lugar de procurar desmentir, á fuerza de cálculos y desprecios, los hechos y la fé, las grandezas de lo pasado, y las esperanzas del porvenir, para llegar á convertir al hombre en un ser momentáneo que pesa, mide, se burla, sentencia y destruye.

Este estudio fué el que me hizo sospechar lo peligroso que es para la verdad el separar las dos principales fuerzas del espíritu humano que son la razon y los hechos, la lógica y la historia; y á hacerme pensar en que, sustituyendo á los testimonios las inducciones y los razonamientos, aun los talentos más elevados han podido engañarse. ¿Qué acontecerá, pues, cuando la pasion ciegue hasta el extremo de no dejar ver los contrastes ó de impedir apreciar el mérito de una obra, de una institucion, solamente por odio á los tiempos y á las personas? Parecíame extraño, en efecto, que los gobiernos eclesiásticos de la Edad Media fuesen reprobados por aquellos mismos que reconocian su eficacia, que los obispos, jefes del ejército, fuesen vituperados por los que clamaban contra las exenciones del servicio militar concedidas á los sacerdotes; que el uso del latin fuera condenado por los que deliraban por una lengua universal; que las espionaciones canónicas fueran denigradas por aquellos que hacian votos y ensayos por la introduccion de las casas de correccion y del sistema penitenciario; que el celibato voluntario de algunos austeros monges lo condenasen aquellos que lo imponian á tantos millares de soldados; que escarnecieran las cruzadas los que reclutaban cruzados sin fé para los griegos; que calumniaran á la inquisicion, cual si aun fuera posible la calumnia respecto de ella, los que hacian pesar sobre nosotros instituciones equivalentes, sin tener siquiera la ilusion del fanatismo, ni la moralidad de la intencion, ni la escusa de la necesidad; que aborrecieran las cofradías religiosas, siendo así que las dos escuelas prácticas más poderosas de nuestra época no encontraban remedio para las llagas sociales sino en las asociaciones. Si favorece un papa la corrupcion, se saca de esto motivo para denigrar á la

Iglesia, como si ella fuera responsable de las culpas del hombre: si emplea contra esta gangrena el hierro y el fuego, se la acrimina por la violencia. Cuando la Iglesia no opone á los delitos sino la autoridad, se mofan de ella, calificándole de freno insuficiente, y si adopta las leyes imperiales sobre la inquisición, la ultrajan como sanguinaria. Infinitud de supersticiones, de las que ninguna quizá tuvo entonces nacimiento, sino que fueron transmitidas por los antiguos ó trasladadas de otros países, son imputadas á esta sociedad, que nos las da á conocer cabalmente por las asiduas protestas y los diferentes remedios que puso en planta para destruirlas.

No estando la justicia unida á los nombres, y debiendo hacerse la historia órgano de la verdad y no de las pasiones, tomé dos ó tres puntos de los más debatidos y de más bulto en la historia eclesiástica, y cambié los nombres como si se tratara de los jefes de una democracia, resistiéndose á los que hubieran querido sustituir la fuerza al derecho, el duelo á la discusión, el adulterio al matrimonio, la arbitrariedad á las leyes: y vi resaltar admirables rasgos de generosa oposición. ¿Cómo podía, pues, un cambio de nombres convertir á los héroes en rebeldes, á los pensadores en intrigantes y á los mártires en obstinados? ¿Y quién nos enseñará la justicia sino la historia? Ella solo puede considerar las cuestiones relativas al género humano, como acontecimientos y no como asuntos de controversia, y mostrarse tanto más indulgente, cuanto que los motivos de sus fallos son más elevados.

Acorte, pues, la vista aquel á quien repugnen los inconvenientes inseparables del bien, y que no considera sino el lado trivial de las cosas grandes; niegue toda simpatía á la fe ingenua de aquellos siglos, que acababan apenas de despertar á la vida civil, el que se sienta dispuesto á admirar las paradojas sin convicción y las fuerzas sin fanatismo de nuestros tiempos; pero la historia que conoce su misión, no se detiene como el insecto en una rosa; no recopila únicamente los actos de una familia ó de un siglo, sino que semejante á la luz se esparce sobre todos los objetos; resucita los sentimientos y las acciones, único medio de tener su verdadera significación; observa el constante desarrollo del pensamiento en medio de la variedad de accidentes: y de esta manera es como en vez de despreciar y calumniar á nuestros padres, se aprovecha de sus faltas y de sus virtudes; no desdena ningún siglo, sino que se complace en recoger la palabra divina que cada uno de ellos proclama á su tránsito, para explicar el enigma del destino humano.

Muchos debieron ser guiados como yo por tales reflexiones á revisar las opiniones con que se ha alimentado á nuestra juventud por la pedantería de las escuelas y por las biliosas sutilezas de una incredulidad sin elevación, y á volver á estudiar la Edad Media, no con un desprecio irreflexivo, sino con seria meditacion; no con preocupaciones iracundas sino con una conciencia apacible.

A esto contribuyeron ciertas circunstancias exteriores. Durante dos siglos se había divorciado la ciencia de la religion, y ésta había debido ceder el gobierno de la sociedad á la razón pura, sin creencias obligatorias, y á la fuerza emancipada de toda represión superior. De aquí provino el escepticismo en la mente y el despotismo en la política. Una vez sofocadas las creencias, la estética, las instituciones, bajo la plaga de la heregia, de las argucias y de la administracion y de la burla, los pueblos no pudieron sufrir más, y sobrevino la revolucion, inmenso esfuerzo para recuperar las condiciones indispensables á la vida de la sociedad.

Conocía el pueblo la necesidad de un cambio, de una reconstrucción, si bien ignoraba los medios de realizarla. Aquellos que anhelaban, no satisfacer sus votos, sino guiarle á su capricho, le habían inspirado contra todo lo que subsistía, un sentimiento hostil, que se convirtió en furor muy en breve. Adelantóse la obra de la destrucción, y siendo todavía la obra de la regeneración un misterio, testigo el hombre de tantas catástrofes, dudaba de la razón de Dios, á trueque de no dudar de la suya propia.

Renegóse de Dios, renegóse de su palabra, es decir, de los hechos. Ya no se comprendió como la historia y lo pasado están en la naturaleza de las cosas, y se echaron abajo violentamente feudos, clero, monarquía, aristocracia. Nada contrastaba más que aquellos movimientos repentinos con los adelantos lentos, si bien seguros, por los que la Edad Media redimió á la humanidad de los errores del paganismo y de la opresión de la barbarie. Saltando por encima de aquella edad de tinieblas, cuyas instituciones se combatían con la ciega rabia que se empleaba en destruir sus monumentos y sus sepulturas, se quiso enlazar la revolución con los recuerdos clásicos, haciéndola griega y romana en sus formas, en sus sentimientos, erigiendo sobre los profanados altares la tiránica idolatría del Estado y de la gloria militar.

¿Y cuál fué el resultado? Los hombres y sus guías se hallaron lanzados fuera de la realidad, lejos de la historia y de todas las condiciones de lo posible. Había sido derribado el árbol antes de que se pudieran recoger los frutos; un brevisimo y amargo desengaño vino á poner de manifiesto cuanto se había desnaturalizado aquel grande é inevitable movimiento por ideas abstractas y por preocupaciones seniles.

No es este el momento de juzgar aquella revolución; baste por ahora reflexionar que la historia, al paso que da lecciones, las recibe; y que los acontecimientos contemporáneos se las han suministrado grandes para adquirir más exacta inteligencia de lo pasado. De las dos tareas históricas que tienen que marchar siempre unidas, á saber: la investigación y discusión de los hechos y su interpretación, la primera via emprendida ya su marcha con felicidad, si bien mirando tan solo á la exactitud; faltaba el colorido, faltaba dar á los

sucesos el verdadero significado, el carácter, la vida. Había consumado la revolución su obra, demoliendo los vestigios de la Edad Media que ya no estaban en relación con la sociedad. Hé aquí la razón porque nuestro siglo, sin cólera, por estar exento de miedo sin ser servil ni adorador, puede registrar detenidamente esas ruinas y confesar su mérito. Con efecto, se aumentó el valor de lo que había conseguido escaparse, de lo que denominamos el vandalismo revolucionario; y además de asegurarse su conservación, se procuró unánimemente reunir, examinar, desenterrar; y como al principio habían hecho las congregaciones monásticas, en las cuales la erudición de todos se aumentaba con las investigaciones individuales, así después la liberalidad de los príncipes, el estímulo de las academias, la generosa obstinación de los sabios, ofrecieron y continuaban ofreciendo á cada paso, una riquísima cosecha de conocimientos históricos relativos á la Edad Media (13).

### (13) I. Colecciones generales sobre la historia de la Edad Media.

- LABBE.—*Novae bibliotheca manuscriptorum*. Paris, 1657.  
PEZII.—*Thesaurus noviss. anecdotorum*. Augsburgo, 1621, 7 tomos.  
L. D'ACHERY y J. MABILLON.—*Acta SS. ordinis sancti Benedicti*. Paris, 1668-1701.  
E. MARTENNE y U. DURAND.—*Thesaur. novus anecdotorum*. Paris, 1717. *Veterum scriptorum et monumentorum historicorum dogmat. et moral. amplissima collectio*. Idem, 1724-33.  
D'ACHERY.—*Veterum aliquot scriptorum specilegium, cura J. de la Barre*. Paris, 1723.  
H. CANISSI.—*Lectiones antiquae, curante Jac. Basnage*. Amberes, 1724.  
J. P. LUDWIG.—*Reliquia manuscrip. omnis aevi diplom. ac monum. ined.* Francfort, 1720-41.  
H. C. DE SENKENBERG.—*Selecta juris et historiae*.... Idem, 1734-51.  
STEPH. BALUZII.—*Miscellanea, seu Collectio veterum monumentorum, cura J. D. Mansi*. Luca, 1761.  
H. J. G. ECHARD.—*Corpus historicorum medii aevi*. Leipzig, 1723.  
*Nuevo cuerpo diplomático*, colección de todos los tratados desde el siglo VIII hasta nuestros días. Se está publicando en Paris en la imprenta de Didot.

### II. Colecciones concernientes á la Iglesia.

- Acta Sanctorum a J. BOLLANDO, aliisque membris societatis Jesu collecta et digesta*. Amberes, 1643-1794, 53 tomos que comprenden solo los santos hasta el día 14 de octubre; actualmente los jesuitas continúan en Bruselas esta obra inmensa.  
HARDOUIN, LABBE, MANSO, colección general de los concilios. Florencia y Venecia, 1752, 31 tom.  
RICHARD.—*Análisis de los Concilios*. Paris, 1772, 5 t.  
CAR. COCQUELINES.—*Bullarum amplissima collectio*. Roma, 1739-44, 28 tom.  
CES BARONIUS.—*Annales ecclesiastici*. Luca, 1738-59, 38 tomos en folio, con las críticas y los suplementos de Pagi y la continuación de Raynald. Para la crítica de los protestantes véanse Basnage y Casaubon.

Todavía, como es propio de la naturaleza humana, se llevaron las cosas al exceso. Atormentada nuestra época por el deseo de una originalidad, á que no podía llegar de ningún modo, tomó por tal las reminiscencias y los nuevos plagios, y así como antes no se tenía por bello más que lo que provenía de los griegos y de los latinos, demandamos inspiraciones líricas á la Edad Media. Hicimosla

EL DUPIN.—*Bibliot., de los autores eclesiásticos*. Se han agregado á ella los autores no católicos, y las críticas de Ricardo Simon. Paris, 1698, 61 tomos.

BUTLER.—*Vida de los santos*. Idem, 1836, 10 tomos.

### III. Colecciones especiales relativas á Italia.

- UGHELLI.—*Italia sacra*. Venecia, 1717-22.  
*Rerum italicarum scriptores varii*. Francfort, 1600.  
*Scriptores rerum sicularum*. Idem, 1579.  
J. G. GRÆVIUS.—*Thesaurus antiq. et hist. Italicae*. Leida, 1704.—*Thesaurus antiq. et hist. Siciliae, Sardiniae, Corsicae, aliarumque insularum, cura P. Burmanni*. Id. 1725.  
Pueden considerarse como continuación y suplemento al Muratori, ya citado, la *Colección de todos los famosos escritores de la Historia de Nápoles*, 1769; y la de las *Crónicas pertenecientes á la historia de dicha ciudad*, 1780; los *Italiae historiae scriptores* de ASSEMANI, Roma, 1751; TARTINI, *Rerum italicarum scriptores ex florentina bibliotheca codicibus ab anno M ad MDC*. Florencia, 1748-70, 2 tomos; la *Collectio anecdotorum medii aevi ex archivis pistoriensibus* de ZACARIAS, Turin, 1755; y las raras *Ad scriptores rerum italicarum accessiones historiae faentinae* del MITTARELLI, Venecia, 1771, 2 tomos.  
FANTUZZI.—*Mon. de Ravenna, pertenecientes á los siglos medios*. Idem, 1801-4.  
LUPI, *Cod. diplom. Ecclesiae bergom.*  
GIULINI.—*Memorias que pertenecen á la historia, al gobierno y á la descripción de la ciudad y campo de Milan en los siglos medios*. Milan, 1760, 12 tomos.  
\*FUMAGALLI.—*Antigüedades longobardo-milanesas*, 3 tomos.—*Código diplomático santambrosiano*. Milan, 1805.  
CORNER, *Monumentos de la Iglesia veneciana*, 18 t.  
MARGARINI.—*Bullarium casimense*. Venecia, 1650.  
JUAN DE GIOVANNI, de Taormina.—*Codex diplom. Siciliae*. Palermo, 1743.  
ALFONSO AIROLDI, *Código diplomático de la Sicilia durante el gobierno de los árabes*.  
ROSARIO GREGORIO.—*Rerum arabicarum quae ad historiam Siciliae spectant collectio*. Palermo, 1790.  
GIORDANO, *Delectus scriptor, rerum neapolitanarum*.  
G. CR. LUNIG.—*Codex Italiae diplomaticus*. Francfort, 1725-32, 4 tomos.  
PIRRI, *Sicilia sacra*.  
GALLARATI, *Antiqua Novariensium monumenta*, 1612.  
MONGITORE, *Bulle et instrumenta panormitane Ecclesiae*.  
ZANETTI, *Las monedas de Italia*.  
*Monumenta historiae patriae, jussu r. Caroli Alberti edita*. Turin, 1835 y siguientes. Son también muy importantes las *Memorias y Documentos para la historia del ducado de Luca*.

### IV. La historia del Bajo Imperio está comprendida en los

*Scriptores historiae byzantinae*. Paris, 1640-50, 27 tomos,

pasar á las artes, á la literatura, á los muebles, á los trajes, con una pueril mania, que asociando mal á menudo los sentimientos y las bellezas de otros tiempos con los del día, no hace más que añadir un defecto más, la inoportunidad.

Pero, ¿á qué bien no acompaña algún desorden? Fácil pasto es este para los miserables gusanos de la crítica: pero el hombre pensador no se cuida

impresos en el Louvre de orden de Luis XIV, bajo la dirección del jesuita Labbe, y enseñada bajo la de Maltrait, Fabrot, Du Cange, Goar, Combefis, Poussines, Petavio, Allacé, Rouilland, Boivin y Banduri. La edición de Venecia 1729, 28 tomos, es más abundante y copiosa, aunque menos correcta. Debe preferirse la que Bekker, Dindorf, Schopen, Niebuhr y otros sabios alemanes han hecho recientemente en Bonn.

Son preciosas las notas históricas de Du Cange al texto de Ana Comneno, Cinnamo, Villehardouin, etc.; como también las demás obras de aquel erudito glosador griego, *Constantinopolis christiana, Familia byzantine*.

#### V. Colecciones concernientes á la Francia.

PITHOU.—*Ann. et hist. Francorum a 708-890. Scriptores coetanei VII.* París, 1588.—*Hist. Francorum a 900-1285, Scriptores veteres XI.* Francfort, 1596.

LAURIÈRE, *Ordenanzas de los reyes de Francia*, 1723, 20 tomos.

FREHER.—*Corpus hist. francicae*, Hannover, 1613.

A. y F. DUCHESNE.—*Hist. Normannorum scrip. antiqui ab 838-1220.* París, 1619.—*Hist. Francorum scriptorum coetanei.* Idem, 1636-49 (hasta Felipe el Hermoso).

LE COINTE.—*Annales ecclesiasticæ Francorum.* Idem, 1665-83.

J. SIRMONDI.—*Concilia antiqua Gallie.* Idem, 1629: suplemento del año 1666

*Conciliarum Gallie collectio temporum ordine digesta a 177-1563.* Idem, 1769. Quedó interrumpida por la abolición de los PP. Maurinos.

BOUQUET.—*Rerum gallicarum et francicarum scriptores. Opus continuatum per religiosos congr. sancti Mauri, et deinceps per Academiam francicam.* Idem, 1736 y sig.

M. SAMMARTANI.—*Gallia christiana.* Idem, 1715-85.

NO BREGUIGNY.—*Tabla cronológica de los diplomas, título de unas impresas, relativas á la historia de Francia.* Idem sobre 13 tomos. *Diplomata, charta, epistola et alia documenta ad historiam antiquam et jura Norvegiae.* Idem, 1791.

significac<sup>ón</sup> conocimiento de los antiguos historiadores, pensamiento<sup>los</sup>

tes: y de esta fundación de la monarquía francesa y calumniar á sus fundadores, 1823-37, 31 tomos.

faltas y de sus vicios de las crónicas nacionales francesasino que se complazgan desde el siglo XIII hasta el que cada uno de ellos 7 tomos.

explicar el enigma del *Recessus completa de las memorias de la historia de Francia, desde el reinado de Felipe Augusto, hasta principios del siglo XVII.* Id. 1824-26, 52 tomos. Está á continuación la *Colección de memorias, etc., desde el advenimiento de Enrique IV hasta la paz de Paris (1763).* Idem, 1820-29, 78 tomos.

Es notorio el ardor con que el gobierno de Francia estimula y los sabios practican las investigaciones de los archivos en aquel país, en donde se continúa la publicación de los *Documentis inéditos relativos á la Historia de Francia:*

sino de examinar si las ideas fueron consideradas más rectamente.

Y lo fueron si no nos engañamos.

Ante unos sucesos tan apremiantes, que, como en un teatro hicieron en el espacio de pocos años pasar á la vista del mundo las revoluciones de muchos siglos; ante unos hechos tan extraordinarios; ante unos hombres tan repentinamente precipita-

*Archivos curiosos de la Historia de Francia desde Luis IX hasta Luis XVIII, ó colección de piezas raras é interesantes, tales como crónicas, memorias, folletos, cartas, vidas, procesos, testamentos, ejecuciones, asedios, batallas, matanzas, entrevistas, fiestas, ceremonias, etc. publicados segun los textos conservados en la biblioteca real por L. Cimber y F. Danjou.*

VI. Colecciones relativas á la historia de Alemania, además de lo que, á causa de la estension del Imperio romano-germánico, se encuentra en las compilaciones de Italia y Francia.

GUDANUS.—*Codex diplomaticus anecdotorum.* Gotinga, 1743, 5 tomos.

PITHOU.—*Script. rerum germanicarum.* Basilea, 1569.

H. MEIBOOM.—*Scriptores rerum germanicarum.* Helms-tadt, 1588.

G. W. LEIBNIZ.—*Script. rerum brunswicensium.* Hannover, 1707-11.—*Accesiones historicae.* Leipzig, 1698.

E. LINDENBROG.—*Script. rer. germ. septentrionalium,* cura J. Fabricii. Hamburgo, 1706.

M. FREHER.—*Rer. germ. script. aliquot insignes, cura B. Struvii.* Argentorati, 1717.

PISTORIUS.—*Script. rer. germ. cura B. Struvii.* Ratisbona, 1726.

REUBER.—*Script. rer. germ. Erfurt*, 1726.

L. B. MENKEN.—*Script. rer. germ. præcipue saxonica-rum,* 1728.

M. GOLDAST.—*Script. rer. alemanic. aliquot vetusti, cura H. Senkenberg.* Hamburgo, 1730.

H. PEZ.—*Script. rer. austriacarum.* Leipzig y Ratisbona, 1721-45.

GEORGISCH.—*Regesta chronologico-diplomatica.* Halle, 1740-44.

REN. REINECCIUS.—*Script. rerum germ.* Francfort, 1777-81.

G. H. PERTZ.—*Monum. Germania historica inde ad anno D ad MD.* Hannover, 1826 y siguientes. Los divide en historias, leyes, cartas y diplomas, y antigüedades, donde reimprime muchas cosas relativas á la Italia, corregidas. De los trabajos de aquella sociedad se da cuenta en la colección titulada: *Archiv der Gesellschaft für altere deutsche Geschichte*, bibliografía de los manuscritos concernientes á la historia de Alemania y aun á toda la Europa latina en la Edad Media.

BOEHMER.—*Regesta chronologico-diplomatica Karolorum.* Francfort, 1833.—*Reg. chronologico-diplom. regum atque imp. romanorum, inde a Conrado I usque ad Henricum VII.* Idem, 1831. Es jefe de una sociedad que reside en Francfort y cuyo objeto es publicar las fuentes de la historia germánica en la Edad Media.

CHEMEL.—*Regesta chronologico-diplomatica Ruperti regis Romanorum.* Francfort, 1835.

HARGHEIM.—*Collectio conciliarum Germaniæ.* Colonia, 1790.

BINTERIM.—*Gesch. der deutschen Concilien.* Maguncia, 1836.

dos desde el altar al polvo; ante aquellas organizaciones, ante aquellas leyes rápidas é improvisadas como las victorias, ya no fué licito ser frívolo; una meditacion atenta hizo extender la mirada á pueblos y acciones diferentes, enseñó á discernir las causas, á señalar la conexión de acontecimientos distantes entre sí, á juzgar á los partidos entre la ira con que mutuamente se atacaban. Los comba-

tes de la fe habian sucedido á la garruleria eclesiastica; los apóstoles y los mártires á los disputadores ociosos: el grande hombre que tanto superó la comun medida, mientras acababa de destruir las franquicias de la Edad Media, ayudaba con su grandeza á comprender la de ésta.

Durante una convulsion tan violenta habia procedido Europa por sentimiento, más bien que por

#### IX. Para la península española.

A. SCHOTTI.—*España ilustrada.* Francfort, 1603-8.

J. S. DE AGUIRRE.—*Collectio maxima conciliarum omnium Hispania et novi orbis.* Roma, 1693.

CASIRI.—*Biblioteca arabico-hispana escorialensis.* Madrid, 1760-70.

H. FLORES Y M. RISCO.—*España sagrada.* Idem, 1747-1804.

*Colección de documentos inéditos para la historia de España*, y las publicaciones de la Academia de historia de Madrid.

*Collecção de livros ineditos de historia portugueza, dos reinados dos senhores reyes d. João I, d. Duarte, d. Alfonso V y d. João II,* publicada por la Real Academia de ciencias de Lisboa, 3 tomos en folio.

#### X. Para la Escandinavia.

BARTHOLINI.—*Antiq. danicæ.* Copenhague, 1680.

F. L. DE WESTPHALEN.—*Monum. inedita rer. germanicarum, præcipue cimbricarum et megapolensium.* Leipzig, 1739.

J. LANGEBEK Y F. SUHM.—*Script. rerum danicarum mediæ ævi.* Copenhague, 1772-92.

G. D. THOBKELIN.—*Diplomatarium Arna Magnæcum exhibens monumenta publica, historiam atque jura Danicæ, Norvegiæ et vicinarum regionum illustrantia.* Idem, 1786.

—*Anacleti ad historiam antiquam et jura Norvegiæ.* Idem, 1778.

E. M. FANT.—*Script. rerum suecicarum mediæ ævi.* Upsal, 1818-38.

#### XI.—Pueblos eslavos.

FREHER.—*Rerum bohemicarum antiqui script.* Hannover, 1802.—*Script. rerum polonicarum ex recentioribus quotquot præcipui extant.* Amsterdam, 1696.

J. PISTORIUS.—*Corpus hist. polonicæ.* Basilea, 1582.

P. DOGIEL.—*Codex diplom. regni Poloniæ et magni ducatus Lituaniæ.* Varsovia, 1758-64.

F. W. DE SOMMERSBERG.—*Rer. silesiacarum script.* Leipzig, 1759.

MIZLER A KOLOF.—*Collectio magna hist. Poloniæ et Lituaniæ.* Varsovia, 1761-69.

GELAS, DOBNER.—*Monum. hist. Bohemiæ nusquam antehac edita.* Praga, 1764-86.

F. M. PENZEL Y J. DOBROWSKI.—*Script. rerum bohemicarum.* Idem, 1784.

C. G. HOFFMANN.—*Script. rerum lusanticarum.* Leipzig, 1791.

STENZEL.—*Script. rerum silesiacarum.* Breslau, 1835.

XII. Falta todavía una buena geografia de aquellos tiempos. Pueden consultarse entre tanto:

D'ANVILLE.—*Estados formados en Europa después de la caída del Imperio romano en Occidente.* Paris, 1771.

RAUMER, *Regesta historiae brandeburgensis.*

Se ha formado también una sociedad turingo-sajona; otra para la historia de la Pomerania y los *Estudios bálticos*; otra para la historia y las antigüedades de la Westfalia; otra para el Alto-Mein; otra en Friburgo; otra en Lausana para la Suiza románica; otra en Bohemia, etc.

#### VII. Sobre la historia de la Bélgica.

J. CHAPEAUVILLE.—*Autores præcipui qui gesta pontificum Tongrensium, Trajectensium et Leodensium scripserunt.* Lieja, 1612.

F. SWERTIUS.—*Rerum belgicarum annales chronici et historici.* Francfort, 1620.

SANDERIUS.—*Flandes illustrada.* Colonia, 1641-44.

MIRÆI.—*Op. diplomatica.* Lovaina y Bruselas, 1723-48.

GRESQUIERUS.—*Acta sanctorum Belgii.* Bruselas y Tongerlo, 1783-94, obra incompleta.

P. F. X. DE RAM.—*Synodicum belgicum, sive Acta omnium ecclesiarum Belgii, a celebrato concilio Tridentino usque ad concord. a 1801.* Mechlin, 1828-36. Se está publicando, y se le agregarán los concilios anteriores al de Trento.

Quando la Bélgica hubo adquirido su independencia, instituyó una comision histórica, que ha publicado ya dos tomos con el título de *Colección de crónicas belgas inéditas, publicadas por orden del gobierno.* Bruselas, 1836; y cada tres meses se imprimen *Nuevos archivos históricos, filosóficos y literarios.* Precede á aquella colección un discurso de De Reiffenberg sobre las tentativas hechas hasta ahora para publicar los documentos originales de la historia de Bélgica.

#### VIII. Para la historia de Inglaterra.

M. PARKER.—*Rerum britanni. script. vetustiores et præcipui.* Londres, 1587.

H. SAVILLE.—*Rer. angl. script. post. Bedam præcipui.* Francfort, 1601.

W. CAMDEN.—*Angliæ, Normanniæ, Hiberniæ, Cambriæ a veteribus scriptoribus.* Idem, 1603; es un suplemento de la que precede.

TWISDEN.—*Hist. angl. scriptores XI.* Londres, 1652.

J. FELL.—*Rer. angl. script. veteres.* Oxford, 1684, incompleta.

TH. GALE.—*Hist. britannicæ, saxonica et anglo-saxonica scriptores XX.* Idem, 1687-91.

JOS. SPARKE.—*Hist. angl. scriptores varii.* Londr., 1823.

TH. RYMER Y SANDERSON.—*Fœdera, conventiones, litera et cunctæ generis acta publica inter reges Angliæ et alios quosvis imperatores, reges, pontifices et communitates, ab a. 1066 ad 1654 habita et tractata.* Londres, 1704-35.

H. WHARTON.—*Angliæ sacra.* Idem, 1691.

D. WILKINS, *Concilia magna Britannicæ et Hiberniæ ab a. 446 ad 1717.*

La comision histórica habia publicado ya *Rotuli literarum clausarum, Rotuli Hundredorum, Rotuli Scotiæ* cuando fué disuelta.

raciocinio. Grecia y otros países habían proclamado la libertad en nombre de las ideas que agitaban á la Edad Media. Poderosas escitaciones de amor, de lástima, de odio, de horror, de admiración, despertaron la indiferencia perezosa: se conocieron las naciones, y regenerando su fraternidad en los padecimientos comunes, se alargaron la mano por encima de las barreras que la política había levantado entre ellas.

Un corto número de talentos irreflexivos cerraron los ojos y prorumpieron en risas: los hombres sinceros, que aman la luz y la justicia, se hallaron nuevamente conducidos á la fe por la ciencia, por el orden á la libertad. Es también de notar que el país que luchó más enérgicamente en favor de la libertad de imprenta, no bien la hubo obtenido en virtud del derrumbamiento de la tiranía del sable, produjo hombres, algunos de ellos ni siquiera católicos, y todos celosos de conservar intactos los privilegios de la razón, los cuales estudiaron sinceramente la Edad Media. Por muy desfavorables que fueran sus prevenciones acerca de la organización política y religiosa de aquella época, aproximándose á la verdad tuvieron que contribuir mucho á descubrir el buen sentido y las bellezas ignoradas en aquel inmenso edificio social, y á arrancar el mohó que empañaba la tiara de Leon el Grande, la coraza de Carlo Magno y la de Godofredo.

Aquellos mismos hombres llamados á ser participantes del poder en virtud de nuevas instituciones, ó admitidos á examinarlo de cerca, cosa permitida á todos, no tardaron en conocer cuanto se diferenciaban los hechos de las doctrinas abstractas. Poniendo el dedo en las llagas de la humanidad, aprendieron á simpatizar con los que padecen y con los oprimidos, más bien que admirar á los opresores; á no cuidarse tanto de las guerras para las cuales hay bastante con un ejército, como de la

que toma parte todo el pueblo: á reconocer el poder de los recuerdos para consolidar las instituciones, á creer que lo que más contribuye á los progresos estables de la razón, tiene su raíz en los precedentes siglos.

Desembarzándose una nueva literatura de las trabas de la escuela y del farrago de las academias, creyó que hasta podía encontrarse lo bello fuera de los tipos establecidos de antemano, y que en esto como en lo demás se debía desear la libertad acompañada del orden. Depuso, pues, la gravedad pedantesca para aproximarse á la realidad, á la vida, al sentimiento: consideró lo pasado bajo nuevos aspectos, más en relación con lo presente; y buscó, no solo lo bello, sino también lo verdadero y lo bueno: se puso de parte del pueblo, y le interrogó acerca de sus necesidades, sus padecimientos y sus deseos: se apercibió, en fin, de que si la poesía de los tiempos antiguos tenía más pulimento, á semejanza del guijarro que se abrillanta, después de rodar por largo tiempo en el río la Edad Media poseía una más áspera sin duda, si bien más original, y especialmente más conforme á los sentimientos modernos, á la marcha de nuestra sociedad, al estado actual de nuestra civilización.

Secundaron las artes este impulso, y mientras que en otro tiempo Atila, Fredegunda y Manfredo, debían manifestarse con los atavios y el aire de Escipiones y Mesalinas, ahora se censura al pintor que no es fiel á los usos de la época y que, por afición á lo que es teatral, falsea la historia y sacrifica el vigor á la elegancia; como también se acusaría de más que de plagio á aquel que, en la construcción de nuestras basílicas ó de nuestros teatros, reprodujera formas griegas ó romanas (14).

Surgió, además, una nueva escuela histórica fatalista proclamando que «el hombre es tal como nace su tiempo; que las creencias cambian porque deben cambiar; que los acontecimientos se verifican porque han sido preparados por los precedentes; que un siglo no ha merecido aprobación ni desaprobación por lo que es ni por lo que piensa, y que el hombre no es responsable de las opiniones que toma inevitablemente de su época, así como el niño mama la leche de su nodriza.» (15)

(14) Con respecto á las artes de la Edad Media, la colección más estensa es la de SEROUX D'AGINCOURT, *Historia del arte por los monumentos. Desde la decadencia en el siglo IV hasta su renacimiento en el siglo XVI*, 4 tomos. París, 1823. Es de sentir que haya reducido los diseños á tan pequeñas dimensiones, y que haya establecido los juicios en la misma escala.

Añádase á esto: los hermanos BOISSERÉES, *Museo de la Edad Media*.—DU SOMMERARD, *Las artes de la Edad Media*.—CAUMONT, *Historia compendiada de la arquitectura religiosa, civil y militar de la Edad Media*.

(15) También es esta una novedad de que encuentro en Italia vestigios anteriores en un escritor que narró la revolución del reino de Nápoles, mostrando ideas mucho más elevadas que otro, á quien oigo proclamar el Tácito y el

CH. JUNKER.—*Lehrbuch der mittlern Zeit.* Jena, 1839.  
T. ANSART.—*Resumen de la Edad Media*. París, 1834.  
CH. BARBERET Y ALFREDO MAGNIN.—*Resumen de geografía histórica de la Edad Media*. París, 1841.  
VICTOR DURUY.—*Geografía política de la Edad Media*. París, 1839.  
En cuanto á mapas véanse los cinco insertos en el *Cuadro de revoluciones de la Edad Media* de KOCK. Estrasburgo, 1807.  
CHR. Y PED. KRUSE.—*Atlas zur Uebersicht der Gesch. aller europäischen Länder und Staaten*. Halle, 1827 y París, 1831.  
K. V. SPRUNER.—*Historisch geogr. Handatlas*. Gotha, 1837.

Hay además mapas y disertaciones especiales, como la *Notitia Galliarum* de VALOIS; la *Dissertatio chorographica* de BARETTI, en los *Rerum ital. script.*; la *Marca hispanica* de MARCA, etc.  
Para la numismática véase á LELEWEL, *Numismática de la Edad Media*, con atlas 1836, 2 tomos.

Por desoladora é inmoral que parezca esta doctrina, que estingue la fe en el genio y roba al hombre el don más apreciable de su naturaleza, el del libre albedrío, condujo, no obstante, á la creencia de que los siglos no estaban subordinados á los individuos, á no acusar á los hombres de tiránicos y usurpadores, antes de saber si han obrado así por efecto de las circunstancias, que son las que realmente determinan la voluntad, sin que por esto la despojen de la facultad que tiene de resistir.

Otro animoso escritor, en quien hasta los excesos arguyen genio, tomó á su cargo, no tanto examinar, como escarnecer, despreciar y oprimir á los filósofos irreligiosos; proclamó la necesidad del mal y la de la sangre que lo espía; en su concepto, el hombre no es más que un instrumento de los designios de la Providencia que realiza irremisiblemente aquí abajo una gran redención de los individuos y de la especie, quienes se transmiten las culpas y la responsabilidad. A la vista de los brillantes triunfos de la revolución francesa, profetizó su inevitable ruina, como á todo lo que no tiene apoyo en el pasado. Negó á los pueblos el derecho de rebelarse, lo mismo que á los reyes el de creerse impecables; y concluyendo que los abusos de unos y de otros no debían quedar sin freno y sin castigo, recurrió á los recuerdos de la Edad Media, al tiempo en que un congreso de hombres escogidos entre todas las naciones, exento de toda parcialidad, y presidido por un inerte anciano, órgano de una justicia infalible porque es divina, fallaba sobre las controversias y protegía el buen derecho. Su escuela no podía menos de admirar á una época regida por semejantes instituciones.

Entre estos dos sistemas, el de la Providencia y el de la fatalidad, otra escuela, más circunspecta, quiso trazar la senda de lo cierto, como entre dos abismos, tomando á su cargo justificar los hechos, encontrar una razón á todo orden de cosas (16),

Salustio de nuestra época. «Más que las personas (dice) han ocupado mi atención las cosas y las ideas... Los nombres en la historia sirven más para lisonjear la vanidad de las personas que designan, que para la instrucción del lector. ¡Cuán corto es el número de los hombres que han sabido vencer y dominar los acontecimientos! La mayor parte son esclavos de ellos; son tales, como los tiempos, las ideas, las costumbres y los accidentes quieren que sean. Después de haber descrito bien todo esto, ¿para qué nombrar á los hombres? Estoy firmemente convencido de que si las más de las historias se escribiesen sustituyendo los nombres propios con las letras del alfabeto, se reportaría de ellas la misma instrucción.» CUOCO.

(16) Tal fué el objeto de Montesquieu. Véase como quiere disculpar la venalidad de los empleos en Francia, uno de los mayores absurdos políticos y económicos introducidos desde el tiempo de Luis XII: y sin embargo, no muestra haber conocido los bienes que produjo. Aprovecharé esta ocasión para explicarme acerca de un punto capital de mi historia, que un crítico benévolo indicó, y de que se valió otro malévolo para probar que soy inconsecuente conmigo mismo. El primero dijo que mi sistema es

demostrar que cada acontecimiento ocupa su sitio, que cada institución tiene una misión que cumplir, no según el gusto de los individuos, sino por la acción del pueblo, siempre luchando contra la brutal conquista ó contra la sabia opresión. Observando su progresiva mejora y sus pasiones, descubrieron un sentido elevado en lo que solo parecía simples disputas de escuelas y de concilios, en el monacato, en las municipalidades y en las cruzadas, á causa de la parte que en ellas tomó el pueblo; colocándose al lado de éste concibieron tanta aversión hacia la fuerza y la conquista, como interés por las reformas, por la emancipación y por la libertad del pensamiento. Pensaron que no se debía odiar y satirizar aquello que el pueblo había venerado y querido en algun tiempo y que un genio no podía ser grande sin comprender y secundar los instintos, las pasiones y las fuerzas de su nación, de su tiempo, de la humanidad entera.

Mayor aun ha sido la influencia ejercida por la escuela de los sansimonianos, despojada de las impías galas en que un tiempo se envolvió como religión del porvenir, y de la absurda pretensión de aniquilar la propiedad, la herencia, la familia y reducir la ciudadanía á un juego de bolsa. Este sueño, el más magnífico de nuestra edad tan rica en sueños, suministró ideas poderosísimas á la sociedad y á la literatura, proclamando que en el pueblo residen las facultades creadoras del trabajo, de la industria, del genio y de la civilización, y que es preciso emanciparle de los harapos de que le rodearon el feudalismo del dinero y la inicua distribución de los gozes y las penas.

Y nosotros, nosotros pueblo, que reconociendo á nuestros padres en los esclavos de Roma y en los siervos de los tiempos medios, hemos participado de sus ignorados sufrimientos; hemos comprendido las ventajas producidas por el cristianismo, nuevo lazo de afecto, de doctrina, de actividad. Agitados por la tempestad en una época crítica, en la que todo se pone en duda y en discusión, hemos comprendido no obstante mejor la Edad Media, época orgánica, en la que la poesía era religión, en la que todas las naciones estaban

el de Bossuet; y el segundo encontró en esto motivos para combatirme, porque en las particularidades doy importancia á la voluntad del hombre, á la actividad personal. En efecto, se la doy y mucha; y hasta en el acto mismo de trazar estas líneas conozco la importancia de esa voluntad. Bossuet concentra toda la historia en el pueblo hebreo; los lectores saben que yo le imito en esto. Los imperios, según el obispo de Meaux, nacen, se elevan y declinan, por obra solo y en virtud de los impenetrables designios de la Providencia, de modo que el hombre desaparece, ó es un instrumento puramente pasivo. Yo, sin dejar de venerar á la Providencia, me esfuerzo en hacer que se sienta la acción del hombre, que sean apreciadas su libertad y su responsabilidad. Es fácil censurar á un escritor, atribuyéndole un sistema distinto del suyo; pero puede calificarse de feal semejante conducta?

guiadas por un mismo sentimiento. Pensamientos conocidos en otros tiempos por los grandes filósofos, han sido reducidos á sistemas. No basta para conocer á los individuos y al género humano, considerar los actos exteriores: débense por el contrario apreciar ante todo, los sentimientos y raciocinios que los han inspirado, y el desenvolvimiento poético ó religioso, juntamente con el teórico ó científico ó con el industrial. No debe la historia ocuparse solo de un pueblo, sino de todo el género humano, resultando de tal exámen un continuo progreso de éste, una realización de su perfectibilidad indefinida, una marcha hácia el conocimiento y cumplimiento de su destino social, estableciendo la armonía entre los sentimientos, la doctrina y las acciones.

La edad de oro no vendría, pues, detrás de nosotros, sino delante; hácia ella debemos dirigir nuestros comunes esfuerzos, con paz, con orden y caridad, para dar á todo el mundo un carácter de armonía, de sabiduría y de belleza, en una comunidad benévola, regular y vigorosa.

El tiempo que arraiga la verdad y anula los comentarios de la mentira, ha fructificado lo que había de sensato y social en aquellos diferentes sistemas, dando una idea más sublime y más verdadera de la historia y de sus deberes. Se ha visto que su importancia depende de la ayuda que presta para dar á conocer al hombre y la influencia de las instituciones y de los hechos en la condición de los pueblos; de suerte que no tiene mayores atractivos en los tiempos de César que en los de los Federicos. Comprendiendo que los siglos no están subordinados á los individuos, aun cuando falten las memorias de éstos, ilustra la vida de los pueblos y de las sociedades, y compartiendo sus penas y esperanzas, enlaza la inmensa categoría de los acontecimientos que carecen de fecha; lleva á ellos la triste oportunidad de nuestros padecimientos, y hace contemporáneos aun los sucesos más remotos, porque el ser de quien se trata, vive aun, aun se fatiga, lucha y espera. Es, pues, lo pasado una serie de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, pero ciertas: espectáculo consolador y eficaz que no permitiéndonos creer en la decrepitud de nuestra época, sino que dándonos por el contrario confianza en las mejoras futuras, nos hace amar el trabajo, como una misión que hay que cumplir. De esta manera al paso que los enciclopedistas ridiculizaban lo pasado, nosotros emprendemos la tarea de estudiarlo, como preparación y escuela del porvenir; á la par que haciendo la guerra á la sociedad, querían reducir al hombre, ó como ellos decían, volverlo á conducir al ateísmo y á la vida salvaje, nosotros nos esforzamos con todo nuestro poder para hacerle más instruido y más moral, para apresurar el reinado de Dios, que es la razón, la verdad y la virtud, á través de las tinieblas y de las espinas.

Como consecuencia de estas ideas, más vastas y generosas, los autores, cesando de profesar al asun-

to un desprecio sugerido más bien por la pereza que por la reflexión, con mayor sinceridad, con duda reflexiva, con tranquila imparcialidad, debida á sucesos ya consumados, pero que nos tocan de cerca, con aquella paciencia que no se asombra de nada, que nada teme, se consagraron á un estudio largo y fastidioso, como es el de la Edad Media, pero fecundo en resultados (17). Comprendióse entonces

(17) Además de los historiadores de la Edad Media ya nombrados mencionaremos á

MEINERS.—*Vergleichung der Sitten des Mittelalters mit denen unsers Jahrhunderts*. Hannover, 1796.

HUELLMANN, *Städterwesen in Mittelalter*.

J. CH. SCHLOSSER.—*Weltgeschichte in zusammenhängender Erzählung*. Frankfurt, 1817; sumamente erudito, emplea las notas no solo como comprobación, sino también como ilustración del texto, aunque la pasión es causa de que no siempre haya apreciado bien los hechos.

GUIZOT, *Hist. de la civilización en Francia*. Habla de todos los sistemas sin detenerse en ninguno, y su obra tiene el mérito de haber hecho populares muchas verdades, patrimonio antes de un corto número de personas, y de haber reconocido, sin embargo de ser protestante, las ventajas de la organización religiosa.

FRANTIN.—*Anales de la Edad Media, comprendiendo los tiempos que han pasado desde la decadencia del imperio romano hasta la muerte de Carlomagno*. Paris, 1825; excelente colección de materiales, defectuosa sin embargo en cuanto al orden, y arbitraria en la clasificación de los hechos.

H. LUDEN.—*Allgemeine Geschichte der Völker und Staaten des Mittelalters*. Jena, 1821; no parece bastante profundo ni imparcial; aunque es muy rico de conocimientos y de tica.

FREDE. REHM.—*Handbuch der Geschichte des Mittelalters*. Marburgo, 1832-1839. Distribuye su obra no por naciones, sino por épocas bien determinadas, y emplea con maestría la multitud de materiales esparcidos en tantos libros, que es quizá un prodigio y una fortuna encontrarlos. Divide los pueblos en occidentales y orientales, y derrama mucha luz, especialmente en estos últimos.

RUEHS.—*Handbuch der Geschichte der Mittelalters*. Viena, 1817, 2 tomos; separa también la historia oriental de la occidental; está demasiado desprovisto de pormenores, y es desaliñado.

La diferencia entre occidentales y orientales ha sido puesta con más claridad que nadie por LUDW. GIESEBRECHT, *Lehrbuch der mittleren Geschichte*, 1835; obra que revela mucha diligencia y pureza, pero solo para el que sea conocedor de aquella época, y quiera únicamente ordenar las ideas.

LEO.—*Geschichte des Mittelalters*. Halle, 1836; tiene el mérito de haber seguido un orden nuevo, menos según los hechos que según las ideas, formando su escala los diversos grados de cultura occidental y árabe, y la influencia ejercida ó espermentada por las vicisitudes exteriores.

C. JOS. MICHELS.—*Historia general de la Edad Media*. Paris, 1835; no publicó sino dos tomos, desde Augustulo á Carlomagno, compendiados á veces hasta convertirse en áridos, pero que prueban un conocimiento profundo de las fuentes, una continua atención á los progresos de la sociedad civil.

J. MOELLER.—*Manual de la historia de la Edad Media, desde la caída del imperio de Occidente, hasta la muerte de*

que en la tosca letra de las crónicas se podía descubrir, así como en los palimpsestos, noticias que se habían escapado á la penetración de los eruditos que no tenían la inteligencia ni el sentimiento de las grandes trasformaciones sociales. En efecto pesando la mayor parte como legistas ó analistas los contratos, las actas públicas y las fórmulas judiciales, no conocieron lo que había de vivo para la imaginación en el cadáver que disecaban. No se contentaron entonces con repetir cosas ya dichas, ni observar con los ojos del vulgo docto; emprendieron si indagaciones sobre el origen de los pueblos bárbaros, sobre la manera como se establecen en el territorio romano, y sobre la condición á que fueron reducidos los vencidos; se quiso saber si los conquistadores se mezclaron á los pueblos conquistados, y hasta qué grado, y cómo de esta mezcla de la sangre y de los elementos sociales surgió una nueva sociedad; quiso también saber cómo contribuyó á ella Carlomagno, cómo contribuyeron las misiones pacíficas ó sangrientas, y hasta qué punto favorecieron el progreso, el feudalismo y las cruzadas, y dieron impulso á aquel movimiento de las comunidades, al cual debió la Italia su grandeza y la Europa sus libertades. De aquí resultó el verdadero sentido de la lucha entre los papas y los emperadores, entre los jurisconsultos y la aristocracia feudal; de aquí la dignidad del derecho canónico; de aquí la marcha de aquella larga reacción de los pueblos libres de la Germania contra los romanos señores del mundo, hasta volverse á poner en vigor la jurisprudencia, la trasformación de las costumbres en leyes que de nuevo adquieren fuerza y uniformidad, y la creación del cuarto estado. Hollado éste ayer como vencido, se levantará como vencedor mañana (18), para consumir tranquilamente la revolución social más portentosa de los tiempos modernos, puesto que es la más espontánea.

Desagrada al pronto ver tan admirable pasado, desmoronándose á los golpes de generaciones que

Carlomagno. Paris, 1836; hace más de lo que promete el título, y abunda en consideraciones sumamente sabias.

A. TILLIER, *Geschichte der europäischen Menschheit des Mittelalters*, 1833; se aleja del último modo de ver en estas materias.

Es muy rica en indagaciones y comparaciones ingeniosas la obra de KORTUM, *Gesch. des Mittelalters*. 1836.

C. W. LOCHNER.—*Geschichte des Mittelalters*. Nuremberg, 1840; procuró despojarla de la forma escolástica que tienen todas las precedentes, y escribir un libro de fácil y agradable lectura con sanas miras.

Agréguese ENRIQUE WHEATON, *Historia de los pueblos del Norte... desde los tiempos más remotos hasta la conquista de Inglaterra y de las dos Sicilias* (en inglés).

(18) «Se dirá que sí; pero la conquista trastornó todas las relaciones, y la nobleza se pasó al partido de los conquistadores. Pues bien, hay que hacerla pasar al otro partido; y así el cuarto estado será noble haciéndose á su vez conquistador.» SIEYES, *¿Qué es el cuarto estado?*

destruyen sin objeto, sin prevision y sin esperanza; ver tantos elementos confundirse y chocarse tanto tiempo sin crear nada; pero en breve se fija la atención en el espectáculo de la energía humana que trata de libertarse de tantas miserias; complácese uno en contemplar el sepulcro de las instituciones decrepitas y la cuna de las nuevas, la religión de lo pasado y la del porvenir, el choque de las dos civilizaciones de las cuales la una desaparece mientras que la otra se funda en una ley de amor y de fraternidad. Subsiste el mundo romano en las ciudades que ha fundado, y en la organización de las provincias y de los municipios; mantiene vivo el mundo cristiano el movimiento de las inteligencias y estiende la igualdad; cambia el germánico el modo de adquirir las propiedades y produce la nobleza territorial y la distinción de las clases. Cada uno de ellos procura llegar á ser sociedad, y prevalecer. Pero el primero, es trastornado por la invasión, y el segundo se inclina más á la revolución moral que á la política, y deja prevalecer al último, que entrega la Europa en manos de los invasores del territorio y encadena al hombre al terruño.

Nada existe en medio de esto exclusivo, nada estrecho; cada uno se lanza por el contrario, con el pleno vigor de su voluntad. Primero pasan delante de nosotros amos y esclavos, después, conquistadores y vencidos, señores y siervos, propietarios y colonos; el derecho de conquista, después la dominación territorial, enseguida la libertad del municipio y todo esto desunido y siempre en lucha. Si se fijan los ojos en la superficie, no descubren más que descomposición, si penetran más allá de la corteza, distinguen una organización estable en la constitución religiosa que da á aquellos tiempos cierta unidad de que carece el nuestro, entregado á la indolente duda y á la arrogante oscilación. Roma antigua había unido á los pueblos, si bien lo había hecho como se une á los penados en un presidio; posteriormente las relaciones de los individuos y las de los pueblos no están ya solo determinadas por la espada, sino también por la fe, la esperanza y la caridad, comunes á todos. A la par que la opinión y la fiera salvaje de los conquistadores propagan la guerra, la opresión y las venganzas, predica el cristianismo una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumisión razonable, de mútuo afecto; una benéfica autoridad vela por socorrer al débil contra los excesos del poderoso. Esparcido el clero en medio de todos, disminuye las divisiones nacidas de la diferencia de origen, hace amar á una patria comun recordando la fraternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, regenera la barbarie, se coloca al lado del baron para señalarle el camino de la civilización, conserva y restaura los autores clásicos, reforma las legislaciones, enseña á moderar la autoridad de los príncipes, protege al pueblo y la libertad, instituye una gerarquía fundada en la capacidad, desde el humilde clérigo hasta el jefe